

# Cultivar la virtud, sostener la república: La educación en la filosofía política de Nicolás Maquiavelo

Giancarlo Wilfredo Garcés Arce  
Universidad de Lima, Perú  

<https://dx.doi.org/10.5209/ref.94733>

Recibido: 24/02/2024 • Aceptado: 30/09/2024

**Resumen:** El principal objetivo del artículo es explorar el rol de la educación en la filosofía política de Maquiavelo. A través del análisis de sus principales escritos, se sostiene que este concibe la educación como un medio para que los seres humanos alcancen aquella virtud cívica cuyo ejercicio posibilita la realización de la libertad y el bien común. Sobre esta base, se argumenta que esta formación cívica comprende tres dimensiones: el estudio de las historias de los pueblos antiguos, el adiestramiento militar de gobernantes y gobernados y el cultivo de una religión confluente con una vida política activa.

**Palabras clave:** educación; republicanismo; virtud cívica; religión; libertad.

## EN Cultivating Virtue, Sustaining the Republic: Education in the Political Philosophy of Niccolò Machiavelli

**Summary.** The main objective of this article is to explore the role of education in Machiavelli's political philosophy. Through the analysis of his main writings, it is argued that he conceives education as a means for human beings to achieve that civic virtue whose exercise makes possible the realization of freedom and the common good. On this basis, it is argued that this civic education comprises three dimensions: the study of the histories of ancient peoples, the military training of rulers and governed, and the cultivation of a religion that converges with an active political life.

**Keywords:** education; republicanism; civic virtue; religion; liberty.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. La mutabilidad de la condición humana y la posibilidad de una educación para la formación de la virtud cívica. 3. Las historias de los pueblos antiguos y sus lecciones para gobernantes y gobernados 4. La educación militar y su relación con la formación de la virtud cívica. 5. La religión como fundamento de la virtud y la valoración maquiaveliana de la religión cristiana 6. Conclusiones. 7. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Garcés Arce, G.W. (2026): "Cultivar la virtud, sostener la república: La educación en la filosofía política de Nicolás Maquiavelo", *Revista de Filosofía*, 51 (1), 13-25.

## 1. Introducción

A lo largo de los siglos, la filosofía política de Nicolás Maquiavelo ha sido severamente criticada e incluso censurada porque encarnaría una legitimación de las tiranías y una defensa de la separación entre ética y política. Por ello, tras su publicación, su obra fue incluida en el *Índice de libros prohibidos* dado que colisionaría con la moral cristiana<sup>1</sup>. Más tarde, una larga lista de célebres lectores como Bodino, Federico II, Voltaire, Russell, Maritain y Strauss<sup>2</sup>, convirtió en hegemónica la interpretación según la cual Maquiavelo fue el inventor y difusor de una doctrina del mal favorable a la dominación de los pueblos<sup>3</sup>.

No obstante, desde la década de los setenta, tuvo lugar una sistemática rehabilitación de la filosofía maquiaveliana a causa del redescubrimiento de la tradición política republicana por parte de John Pocock<sup>4</sup>, Quentin Skinner<sup>5</sup>, Philip Pettit<sup>6</sup>, Maurizio Viroli<sup>7</sup> y otros especialistas. De acuerdo con estos, la interpretación tradicional de las ideas de Maquiavelo es completamente errada, pues en sus escritos es posible encontrar una férrea crítica contra las arbitrariedades de tiranos y oligarcas, así como también una defensa de los gobiernos fundados en leyes e instituciones orientadas a la realización de la libertad y el bien común. Maquiavelo es, desde esta perspectiva, uno de los representantes más destacados del republicanismo junto con Cicerón, Livio, Milton, Harrington y Rousseau<sup>8</sup>.

Cabe resaltar que Pocock y compañía coinciden en que la tradición republicana también se caracterizó por haber dado centralidad a la educación como medio para la realización de los fines de toda comunidad. En *Sobre la república y en Leyes*, Cicerón reflexionó acerca de la educación necesaria para una república libre y virtuosa<sup>9</sup>. Además, la importancia del factor educativo se hace patente en el *Tratado de la educación* de John Milton<sup>10</sup> y en la *República de Océana* de James Harrington<sup>11</sup>. Y, sin lugar a dudas, también se encuentra en el *Emilio*<sup>12</sup>, el cual es el complemento educativo del proyecto republicano defendido por Rousseau en *El contrato social*<sup>13</sup>.

Ahora bien, ¿cuál fue el rol que Maquiavelo otorgó a la educación de los hombres en *El Príncipe* y los *Discursos*? Teniendo como punto de partida el hecho de que los más destacados especialistas solamente de manera tangencial se han ocupado de las ideas educativas de Maquiavelo, pareciera que es reducido lo manifestable al respecto. En efecto, ni siquiera la rehabilitación republicana de este autor produjo una exploración de sus ideas educativas, pues Pocock y compañía se concentraron en tópicos de su propuesta como los de libertad, bien común, igualdad y Estado. Pese a ello, en el presente artículo se defiende la tesis de que, para el florentino, la educación tiene un rol crucial como medio para que los seres humanos alcancen aquella virtud cívica cuyo ejercicio posibilita la realización de la libertad y el bien común.

Sobre esta base, en la siguiente sección, se aborda un asunto decisivo como la concepción antropológica de Maquiavelo, porque, si estuviesen en lo correcto aquellos intérpretes que relacionan su filosofía con la idea de que el ser humano es intrínseca e irremediablemente violento, egoísta y rapaz, resultaría complicado aseverar que defiende la educación como medio para alcanzar la virtud cívica. No obstante, se argumenta que Maquiavelo estuvo lejos de enarbolar un pesimismo antropológico de tales características. Según él, los hombres son, por naturaleza, de condición mutable, motivo por el cual son fuertemente influidos por la circunstancia histórico-social en la que viven. En tal sentido, dependiendo la organización de las leyes, las instituciones y, precisamente, la educación, puede haber tiempos en que predomine la virtud cívica y tiempos en los que, por el contrario, se imponga la corrupción en la comunidad<sup>14</sup>.

Luego, se plantea que la educación maquiaveliana comprende tres dimensiones íntimamente relacionadas entre sí: 1) el estudio de las historias de los pueblos antiguos; 2) la disciplina militar como formadora de hábitos para la guerra y la vida civil; y 3) la religión entendida como fundamento de la virtud cívica. Así, en las secciones tres y cuatro, se analizan, respectivamente, el aprendizaje de las historias y la formación militar, mientras que en una última sección se aborda la dimensión religiosa de la educación maquiaveliana.

<sup>1</sup> Fernández (2021), p. 69.

<sup>2</sup> Strauss (2019). Aunque no desarrolló una interpretación meramente tradicional de la obra del florentino, sí la concibió como blasfema e irreligiosa.

<sup>3</sup> Berlin (1971) y Bermudo (1994).

<sup>4</sup> Pocock (2016).

<sup>5</sup> Skinner (2004), (2009).

<sup>6</sup> Pettit (1999).

<sup>7</sup> Viroli (2009), (2014).

<sup>8</sup> Respecto a esta revaloración de Maquiavelo, pueden considerarse también “Machiavellian democracy” (2011) y “Reading Machiavelli...” (2018) de John McCormick en donde este rechaza la interpretación de Pocock y compañía y plantea que Maquiavelo es más democrática que republicano, motivo por el cual defendería una política populista, antielitista e igualitaria.

<sup>9</sup> Cicerón (2009).

<sup>10</sup> Milton (2018).

<sup>11</sup> Harrington (1992), pp. 158-165.

<sup>12</sup> Rousseau (2011).

<sup>13</sup> Rousseau (2002).

<sup>14</sup> Maquiavelo (2012), pp. 65-66.

## 2. La mutabilidad de la condición humana y la posibilidad de una educación para la formación de la virtud cívica

La tesis de que la educación representa un medio para que los seres humanos alcancen la virtud cívica encuentra su primer desafío en la interpretación tradicional de la filosofía maquiaveliana, pues aquellos que la defienden aseguran que esta concibió a los seres humanos como seres intrínsecamente violentos, egoístas y rapaces. De esta manera, queda cerrada la posibilidad de una educación cívica en el seno de la comunidad ya que carecería de sentido formar a unos hombres determinados por una naturaleza inclinada hacia el mal. Pero este pesimismo antropológico radical y determinista no se desprende de la lectura de los principales escritos de Maquiavelo. Por el contrario, según él, los hombres tienen una condición mutable y, por eso, los condicionamientos político-sociales son decisivos para que estos piensen y actúen de una u otra manera. Admitida esta interpretación de la antropología maquiaveliana, se torna factible la defensa de la tesis según la cual la educación constituye un medio para desarrollar la virtud de los ciudadanos.

Esta idea de la mutabilidad humana representa una expresión de una concepción filosófica fundamental que subyace a toda la propuesta política de Maquiavelo: todo lo perteneciente a la esfera de lo humano está en constante mutación o, para ser más exactos, en permanente corrupción<sup>15</sup>. Significa que ningún orden político puede mantenerse en pie eternamente porque todo lo que nace, tiene que morir en algún momento. Maquiavelo profundiza en este proceso a través de su teoría de los ciclos de los gobiernos (*anacyclosis*) de clara inspiración polibiana<sup>16</sup>. Afirma que la monarquía deriva en tiranía y esta, a su vez, por las luchas intestinas, engendra la aristocracia. Más tarde, de esta se origina la oligarquía y de esta última, la democracia, cuyo desorden e inseguridad traen consigo la demagogia y la necesidad de una restauración de la monarquía. Este es el círculo “en que giran todas las repúblicas, se gobieren o sean gobernadas; pero raras veces retornan a las mismas formas políticas, porque casi ninguna república puede tener una vida tan larga como para pasar muchas veces esta serie de mutaciones y permanecer en pie” (2012, p. 37).

Esta perspectiva cíclica puede llevar a pensar que Maquiavelo asume un enfoque naturalista, rígido y fatalista acerca de la política ya que la ineluctabilidad de dicho devenir parece convertir en inútil toda búsqueda de un progreso político y social. Pero lo que predomina en su obra es concebir tal degradación como una tendencia, no como un fenómeno al que no pueda enfrentarse. Cabe recordar que, para Maquiavelo, el libre albedrío existe, por lo que “quizás es verdad que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero (...) nos deja gobernar la otra mitad, o casi, a nosotros” (2015, p. 247). Inclusive, llega a afirmar que la fortuna solamente muestra sus ímpetus donde no existe una virtud preparada para contrarrestarla o doblegarla<sup>17</sup>. En efecto, si bien Maquiavelo, tal y como los escritores clásicos, opone la virtud a la corrupción, también enfatiza en que la virtud se opone a la fortuna. Una postura desde la que defiende los poderes creadores y transformadores del hombre como pilar fundamental de un “humanismo cívico”<sup>18</sup> contrario a todo providencialismo de cuño medieval<sup>19</sup>. Sobre esta base, Maquiavelo encuentra posible ralentizar considerablemente la rueda de la historia a través de la implementación de un gobierno mixto, ya que este es el único capaz de distribuir el poder en los diferentes grupos sociales, de tal manera que esto evite el abuso de autoridad y el consecuente enfrentamiento civil. Así, Esparta y Roma son ejemplos que ilustran cómo un gobierno mixto puede prolongar por varios siglos la estabilidad y vitalidad de una comunidad política<sup>20</sup>.

Ahora bien, así como todo orden político está en constante mutación y solo cabe ralentizar este proceso, algo similar ocurre con la condición humana como tal. En los *Discursos*, se caracteriza al hombre como inconstante porque fácilmente pasa de una ambición a otra, no conformándose nunca con aquellas cosas obtenidas por su propio mérito o por el azar. Por naturaleza, el hombre “puede desecharlo todo, pero no puede conseguirlo todo, de modo que, siendo siempre mayor el deseo que la capacidad de conseguir, resulta el descontento de lo que se posee y la insatisfacción” (2012, p. 127). Aun cuando alcanza cierto bienestar y sosiego, no se conforma, por lo que no tarda en buscar novedades. Pareciera lamentarse del mal y hartarse del bien, lo cual explica por qué muchos pueblos olvidan con facilidad el afecto inspirado por un gobernante bondadoso y son capaces de respaldar a cualquiera que ofrezca innovaciones<sup>21</sup>.

Puede pensarse que esta mutabilidad inclina decisivamente a los seres humanos hacia la “maladad”. Aunque no faltan pasajes de *El Príncipe* y los *Discursos* orientados en tal sentido, el florentino es más enfático al momento de relativizar tal pesimismo antropológico, explicando que los hombres “no saben ser ni del todo buenos ni del todo malos” (2012, pp. 105-106). Si se aprecia la conducta del pueblo, es decir, de la mayoría de los hombres, se encuentra que su principal aspiración es no padecer dominación

<sup>15</sup> Maquiavelo (2012), p. 51.

<sup>16</sup> Polibio (1997).

<sup>17</sup> Maquiavelo (2015), p. 253.

<sup>18</sup> Baron (1966), (1993).

<sup>19</sup> Garin (1965), p. 61.

<sup>20</sup> Maquiavelo (2012), pp. 38-39.

<sup>21</sup> Maquiavelo (2012), pp. 126-127.

alguna, lo cual implica que su inclinación es honesta y poco ambiciosa<sup>22</sup>. A diferencia de las élites, pues estas, debido a su poder, sí están más orientadas hacia una conducta tiránica<sup>23</sup>. En última instancia, dice Maquiavelo, tal inclinación hacia el “mal” correspondería atribuirla a ambos grupos sociales, pero teniendo presente que, por lo general, las conductas corruptas y viciosas tienen como principal causa un mal ordenamiento político y social de la comunidad. Por tal razón, “(...) un pueblo que gobierne y que esté bien organizado, será estable, prudente y agradecido” (2012, p. 178). Inclusive las élites pueden acostumbrarse a conducirse de manera no perjudicial para el bien común si existen leyes, instituciones y autoridades capaces de sofrenarlas. Entonces, lejos de estar determinada, la condición humana puede ser conducida hacia la virtud a través de la práctica política.

De acuerdo con los *Discursos*, es por lo anterior que puede decirse que el hambre y la pobreza hacen ingeniosos a los seres humanos, mientras que las leyes los hacen buenos: “Y cuando una cosa marcha bien por sí misma, no es necesaria la ley, pero en cuanto desaparece esa buena costumbre, la ley se hace necesaria con urgencia” (2012, p. 41). Una idea semejante aparece en *El Príncipe*, cuando se afirma que “hay dos modos de combatir: uno con las leyes; el otro con la fuerza; el primero es propio de los hombres, el segundo de las bestias; pero, puesto que el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo” (2015, p. 169). Si se escoge el camino del gobierno de las leyes, Maquiavelo aclara que es deber de los gobernantes determinar cómo los gobernados pueden internalizar aquellas, de tal manera que se constituyan en costumbres. En efecto, “así como las buenas costumbres, para conservarse, tienen necesidad de las leyes, del mismo modo las leyes, para ser observadas, necesitan buenas costumbres”. (Maquiavelo 2012, pp. 88-89). Ahora bien, ¿cómo se constituyen estas buenas costumbres que son el fundamento de las acciones virtuosas de los hombres? La clave está en la educación, ya que es patente que los seres humanos son más virtuosos en una comunidad o en otra, “según la educación que ha modelado el modo de vida” (2012, p. 433).

Tan influyente es la educación y tan diversas son las maneras de educar que, por ese motivo, los pueblos son bastante diferentes en cuanto a las virtudes predominantes en ellos. Incluso, señala Maquiavelo que la educación brindada en el seno de cada familia también puede ser muy particular, lo cual explica por qué las familias romanas tenían ciertas diferencias entre sí: “(...) los Manlios fueron duros y obstinados, los Publícoca benignos y amantes del pueblo, los Apios ambiciosos y enemigos de la plebe, y así muchas otras familias, que conservaron sus características distintivas” (2012, p. 440).

La conclusión de esta sección es que en los escritos de Maquiavelo no está presente un pesimismo antropológico radical y determinista. En todo caso, lo que puede encontrarse en *El Príncipe* y en los *Discursos* son algunos pasajes que describen el comportamiento de los hombres en condiciones en las que no hay buenas leyes, ni buenas costumbres ni buena educación. Además, no tiene que perderse de vista que el proceder corrupto y tiránico es asociado por Maquiavelo no tanto con la mayoría de los hombres, sino preferentemente con las élites políticas y económicas. Según Fernández, el florentino asume que “la generalidad del pueblo acata la ley siempre que no haya corrupción, de tal modo que son los nobles o los gentileshombres los que atentan contra esta de una forma más habitual, generalmente por ambición” (2021, p. 87). Por ende, si se tiene que hablar en términos de una naturaleza humana, Maquiavelo se inclina a decir que esta se caracteriza por su mutabilidad y esto supone que aquella no es ni “buena” ni “mala”, sino que está abierta a múltiples posibilidades, dependiendo de distintos factores tales como las medidas de los gobernantes, la eficiencia de las leyes e instituciones y, por supuesto, la educación brindada en la comunidad. Según Maquiavelo, no hay un conjunto perpetuamente fijo de elementos naturales, por lo que la condición humana destaca por su capacidad creativa para trascender las formas meramente inmediatas y convencionales de hacer y ser<sup>24</sup>. En el marco del humanismo cívico-republicano maquiaveliano, la educación hace patente la factibilidad de una formación en favor de gobernantes y gobernados con miras a que adopten costumbres conducentes a aquella virtud cívica necesaria para garantizar la libertad y el bien común. Efectivamente, Maquiavelo defiende la importancia de una virtud que pueda ejercerse en las relaciones sociopolíticas entre los individuos; y lejos de separar la ética de la política, opta por un modelo que vincula ambas esferas, promoviendo que los intereses individuales confluyan con los intereses colectivos<sup>25</sup>. Un modelo de ética-política de evidente inspiración grecolatina y abiertamente opuesto al modelo cristiano, pues en este último la salvación o bienestar individual se coloca en el centro sobre la base de valores como la resignación, la gracia, la caridad y la trascendencia. Pese a ello, en la siguiente sección notaremos que Maquiavelo también reformula aspectos fundamentales del modelo ético-político heredado de Cicerón, Séneca y otros autores.

<sup>22</sup> Maquiavelo (2015), pp. 89-91.(2012), p. 44.

<sup>23</sup> Maquiavelo (2015), pp. 89-97.

<sup>24</sup> Holman (2016), p. 3.

<sup>25</sup> Berlin (1997), p. 179.

### 3. Las historias de los pueblos antiguos y sus lecciones para gobernantes y gobernados

Según Maquiavelo, las historias de los pueblos antiguos aportan lecciones útiles para la formación de la virtud cívica. El saber histórico es *magistra vitae*, pues los escritos del pasado muestran hasta dónde llegó la virtud de los hombres más insignes de la antigüedad, invitando a los hombres del presente a emularlos, sea que estos cumplan el papel de gobernantes o de gobernados. Tales hazañas de los antiguos, agrega Maquiavelo, son perfectamente realizables y si ocurre que son interpretadas como inhumanas y utópicas por algunos escritores contemporáneos, se debe a que estos han recibido una educación afeminada y débil y a que no conocen a profundidad estos sucesos pasados<sup>26</sup>. Aunque para ciertos hombres resulte imposible alcanzar una virtud tan elevada como la de ciertos héroes y líderes de la antigüedad, de todas maneras, por el conocimiento de las acciones de estos, es posible que se vean impregnados con un poco del aroma de dicha forma de vida<sup>27</sup>.

Por ello, Skinner<sup>28</sup>(1984) afirma que Maquiavelo estaba convencido de que los escritos históricos requieren tener como principal finalidad la transmisión de lecciones éticas con la máxima intensidad posible. A ello se debe que exija a los historiadores el cultivo de un estilo retórico finísimo y no necesariamente alineado con la descripción estricta y objetiva. De hecho, la redacción por parte de Maquiavelo de sus propios escritos siguió tales convicciones historiográficas, porque, en la mayoría de ellos es notorio el énfasis en narrar, compendiar y ponderar acciones virtuosas del pasado dignas de ser emuladas.

En efecto, lo anterior puede afirmarse a propósito de los *Discursos*, *El arte de la guerra* e incluso *El Príncipe*, pero un interesante apunte de Skinner<sup>29</sup> es que esto no puede aseverarse de *Historia de Florencia*<sup>30</sup>, ya que esta obra no está escrita para incitar a los hombres libres a que imiten las acciones de los florentinos virtuosos de otros tiempos, sino para que eviten las injusticias y atropellos cometidos por los habitantes de dicha ciudad. En opinión de Maquiavelo, no era posible narrar las más importantes historias de su ciudad resaltando las virtudes y hazañas de los florentinos más destacados pues tales fueron escasas y a veces nulas dado que en su ciudad prevaleció la corrupción. Como consecuencia, en la *Historia de Florencia* Maquiavelo de los historiadores y moralistas greco-latino y cuenta la historia de su ciudad desde la decadencia y la esclavitud. Al respecto, Cabrini<sup>31</sup> coincide con Skinner, al asegurar que *Historia de Florencia* encarna una vertiente negativa de la ejemplaridad basada en antimodelos. Entonces, Maquiavelo piensa que, ante todo, son los pueblos antiguos los que pueden proporcionarnos, en un sentido positivo, lecciones éticas útiles para alcanzar la virtud cívica. Entre todos ellos, es el pueblo romano el más digno de ser imitado por sus magistrados, instituciones y leyes cuyo esplendor se encuentra en los tiempos republicanos. Así, la referencia a la historia romana debe verse como una vivencia pretérita ejemplar para la configuración de una nueva teoría de la acción política y no como una mera alusión retórica.<sup>32</sup> Pero, como aclara Baron<sup>33</sup>, la actitud de Maquiavelo y demás “humanistas cívicos” del Renacimiento está lejos de una idealización de Roma, pues ya no tiene como presupuesto la idea de una Roma eterna e invencible sino la de una Roma histórica, cuyo desarrollo y decadencia pueden ser estudiados secularmente.

Por supuesto, Maquiavelo apunta que una fuente valiosa para acercarse a los acontecimientos históricos de Roma son los escritos de historiadores y moralistas como Polibio, Cicerón, Livio y compañía. Pese a ello, no acepta acriticamente todos los análisis e interpretaciones realizados por estos, sino que cuestiona su pertinencia<sup>34</sup>; En los *Discursos*, Maquiavelo refiere que Livio y otros escritores romanos sostuvieron que nada hay tan móvil e inconstante como la multitud, pero él está convencido de que no es así, pues “ese defecto que los escritores le echan en cara a la multitud es algo de lo que se puede acusar a todos los hombres en particular, y sobre todo a los príncipes” (2012, p. 176). También discrepa de Livio y Plutarco cuando estos aseguran que el engrandecimiento de Roma se debió a la fortuna, ya que, para él, su éxito se debió a la virtud de sus ejércitos<sup>35</sup>.

Ahora bien, tal y como apunta Skinner<sup>36</sup>, el distanciamiento de Maquiavelo con respecto a la propuesta ética de los escritores greco-latino cobra más fuerza cuando en *El Príncipe* revisa críticamente cómo es que estos concibieron la virtud principesca. Su tesis fundamental es que la ética clásica comete un grave error al interpretar ciertas cualidades y costumbres como virtuosas en un sentido absoluto, pese a que en determinados contextos políticos y sociales las mismas han conducido al desorden y la ruina de los Estados. Para Maquiavelo, sobre todo si el príncipe tiene que enfrentar un escenario de excepcionalidad

<sup>26</sup> Maquiavelo (2015), p. 396.

<sup>27</sup> Maquiavelo (2015), pp. 49-51.

<sup>28</sup> Skinner (1984), p. 101.

<sup>29</sup> Skinner (1984), pp. 103-104.

<sup>30</sup> Maquiavelo (2009).

<sup>31</sup> Cabrini (1998), p. 200.

<sup>32</sup> Garin (1984), pp. 84-85.

<sup>33</sup> Baron (1993), p. 402

<sup>34</sup> Castañón (2013), pp. 52-53.

<sup>35</sup> Maquiavelo (2012), p. 191.

<sup>36</sup> Skinner (1984), pp. 56-63.

política, debe “contar con un ánimo dispuesto a moverse según los vientos de la fortuna (...), no alejarse del bien, si es posible, pero sabiendo entrar en el mal si es necesario”<sup>37</sup>. El detalle a considerar es que, si para Maquiavelo es tan importante señalar los defectos de esta ética clásica, se debe a que no pocos moralistas, historiadores y políticos de su tiempo consideraban que aquella todavía tenía que ser aplicada.

Por ejemplo, la cualidad de mentir fue interpretada por Cicerón y demás escritores clásicos como un vicio, rechazando que pueda concebirse como un medio legítimo para que el príncipe alcance la gloria<sup>38</sup>. Contrariamente, Maquiavelo sostiene que, aunque es loable que los príncipes mantengan la palabra dada, la experiencia muestra que muchos de los que no la han mantenido han podido burlar con astucia el ingenio de príncipes enemigos, todo lo cual les ha permitido realizar grandes acciones para su propia gloria y para su comunidad, tales como evitar guerras o garantizar triunfos bélicos<sup>39</sup>.

También las cualidades de la liberalidad y la mezquindad son analizadas por Maquiavelo a la luz de los planteamientos de los escritores greco-latino, quienes habían establecido que la primera es una virtud y la segunda, un vicio. Sobre todo Cicerón<sup>40</sup> insistió en que no hay vicio más nocivo para un líder político que la mezquindad. Pero Maquiavelo cuestiona esta afirmación aseverando que, si un príncipe pretende ser liberal de acuerdo con el estándar ciceroniano, tendrá que cargar tributariamente a sus súbditos para ello, lo cual finalmente lo convertirá en odioso para estos. En cambio, si abandona todo deseo de actuar con magnificencia, al comienzo quizás lo tilden de miserable, pero luego será tenido por liberal y pondrá en práctica la verdadera virtud de la liberalidad<sup>41</sup>. En cuanto a la misericordia y la crueldad, Maquiavelo rechaza las apreciaciones de Cicerón, Séneca y compañía, porque, para él, un exceso de clemencia y piedad puede generar que las injusticias se propaguen en demasía y que, tras ello, el príncipe no encuentre otra salida que ser verdaderamente cruel e injusto. Más adecuado es hacer uso de unos pocos ejemplos de crueldad calculada y preventiva, es decir, de una crueldad piadosa en beneficio de la comunidad<sup>42</sup>.

Debido a lo anterior, para Skinner, aunque Maquiavelo insiste en que la historia es *magistra vitae*, desarrolla una perspectiva ética que reformula una serie de valoraciones hechas por los escritores greco-latino acerca de múltiples cualidades, hábitos y costumbres. Desde la óptica del autor del presente artículo, una enseñanza clave que recoge Maquiavelo de los antiguos es que la ética y la política deben estar íntimamente relacionadas, haciendo posible que la conducta virtuosa de un individuo no sea pensada en el sentido de una salvación personal, sino como una conducta beneficiosa para la comunidad política. A pesar de esto y de que Maquiavelo también recoge otras enseñanzas fundamentales de la antigüedad, considera necesario tomar cierta distancia y ser crítico frente a aquellas pautas y medidas que fueron las raíces de la posterior debacle de griegos y romanos<sup>43</sup>. Así, Maquiavelo justifica su propia labor de escritor cuyo objetivo tiene que ser proporcionar una lectura más “juiciosa”<sup>44</sup> y “diligente”<sup>45</sup> de los episodios del pasado para extraer de ellos una mayor utilidad educativa.

Efectivamente, son muchas las lecciones extraíbles de los textos del pasado, pero Maquiavelo advierte que sus contemporáneos no las han aprovechado. Solo han recogido los aportes de griegos y romanos para aplicarlos al arte, la literatura, la medicina y el derecho, desdeñando sus posibles aplicaciones para la vida política y militar. En el prólogo del primero libro de los *Discursos*, afirma que, “cuando se trata de ordenar la república, de mantener el estado, gobernar el reino, organizar el ejército y llevar a cabo la guerra, juzgar a los súbditos o acrecentar el imperio, no se encuentra príncipe ni república que recurra a los ejemplos de los antiguos” (2012, p. 28). Líneas después, presenta sus *Discursos* como un libro escrito para alejarnos de este error a través de una revisión, interpretación y análisis de la época republicana de Roma. Los *Discursos* sirven, desde la perspectiva de Maquiavelo, para ponderar críticamente el legado de los historiadores y moralistas romanos y, sobre esta base, educar a los hombres por medio de historias ejemplares con miras a que sean capaces de ejercer la virtud cívica.

En el prólogo del segundo libro, Maquiavelo vuelve a referirse a la función educativa de los *Discursos*, enfatizando que están dirigidos a los jóvenes lectores, quienes tienen la posibilidad de abominar los tiempos actuales e imitar los antiguos: “Porque el deber del hombre bueno es enseñar a otros el bien que no ha podido poner en práctica por la malignidad de los tiempos o de la fortuna, para que, siendo muchos los capaces, alguno de ellos, más amado del cielo, pueda ponerlo en práctica” (2012, p. 190). Una interpretación semejante puede hacerse acerca de *El Príncipe*, en cuya epístola dedicatoria Maquiavelo expresa que el libro contiene un inapreciable conocimiento de las acciones de los grandes hombres obtenido por una larga experiencia de los hechos modernos y de una continua lectura de los hechos antiguos; inapreciable conocimiento que él ofrece a Lorenzo de Médicis para ponerlo en disposición de

<sup>37</sup> Maquiavelo (2011), p. 173.

<sup>38</sup> Cicerón (2023).

<sup>39</sup> Maquiavelo (2011), p. 169.

<sup>40</sup> Cicerón (2023).

<sup>41</sup> Maquiavelo (2012), pp. 151-156.

<sup>42</sup> Maquiavelo (2012), pp. 157-165.

<sup>43</sup> Clarke (2013).

<sup>44</sup> Maquiavelo (2012), p. 100.

<sup>45</sup> Maquiavelo (2012), p. 134.

aprender en brevísimo tiempo “todo cuanto yo, en tantos años y con tantas incomodidades y peligros, he conocido y entendido” (2015, p. 5).

Maquiavelo asegura que las historias de los pueblos antiguos sirven para propiciar las acciones virtuosas tanto de los gobernantes como de los gobernados. No obstante, piensa que este tipo de educación es de especial relevancia para los que aspiran al poder político y para los que ya lo detentan, pues el pueblo suele adquirir la virtud gracias a los buenos ejemplos de sus líderes, así como también a la disciplina militar y la práctica religiosa instituidas por ellos. Para el florentino, una comunidad sumida en el vicio y la corrupción, “si vuelve a levantarse, es por la virtud de un hombre vivo, y no por la virtud del universal que sostenga las buenas leyes” (2012, pp. 87-88).

En lo que concierne al ejercicio de su mente, esté en tiempos de paz o de guerra, “el príncipe debe leer libros de historia y considerar atentamente en ellos las acciones de los hombres más excelentes” (2015, p. 143). Con ello, podrá actuar sabiamente sirviéndose de los ejemplos de otros, tal y como los hicieron Alejandro, César y Escipión con relación a Aquiles, Alejandro y Ciro respectivamente. La comprensión correcta y profunda de las historias dota al gobernante de “un capital de experiencia del que valerse en momentos de adversidad para que, cuando mude la fortuna, esta lo encuentre preparado a resistir” (2015, p. 143). La virtud principesca se manifiesta, pues, en la capacidad para percibirse a tiempo de los males que anidan en el seno del Estado, pues solamente cuando se actúa con anticipación “se puede encontrar fácil remedio, pero si se espera a tenerlos encima, la medicina no puede ya actuar porque la enfermedad se ha vuelto incurable” (2015, 23-25).

Pero, para Maquiavelo, hay una lección fundamental que los gobernantes pueden extraer de las historias del pasado: los pueblos que alcanzaron un mayor engrandecimiento fueron aquellos que, como el romano, organizaron óptimamente la educación y disciplina militar. A partir de ello, concluye que “el fundamento de los estados es un buen ejército, y donde no lo hay no pueden existir buenas leyes ni ninguna otra cosa buena” (2012, p. 408).

#### 4. La educación militar y su relación con la formación de la virtud cívica

Al encontrarse siempre en movimiento los asuntos humanos, una vida civil absolutamente estática y pacífica es inconcebible. Por este motivo, Maquiavelo interpreta la guerra como una realidad inevitable<sup>46</sup>. De hecho, es posible que una comunidad decida vivir pacíficamente y sin molestar a nadie, pero “las demás la molestarán a ella, y eso le provocará el deseo y la necesidad de conquistar” (2012, p. 255). Como señalan Del Águila y Chaparro, aunque en sentido estricto no tiene una postura belicista, recomienda concebir la guerra como un mal menor que puede servir para enfrentar con justicia la amenaza de un poder externo<sup>47</sup>. Entonces, con la finalidad de preservar la libertad y el bien común, la totalidad de los miembros de una comunidad deben estar adecuadamente formados para la contienda bélica<sup>48</sup>. No son el dinero, las fortificaciones, la artillería y las armas de fuego los factores que determinan el éxito en un combate, sino la existencia de un ejército propio dispuesto a luchar por amor a la patria<sup>49</sup>. Ocurre que el momento decisivo de cualquier guerra es el enfrentamiento cuerpo a cuerpo de los soldados, pues es durante ese episodio que se evidencia qué ejército posee una mayor virtud<sup>50</sup>.

Como se sostuvo anteriormente, es clave la creación de un ejército propio porque las historias de Roma y de otros pueblos muestran que siempre tienen más éxito los soldados pertenecientes a la misma comunidad, no los soldados extranjeros contratados por dinero. Sin un ejército propio, cualquier nación estará a merced de la fortuna por “no tener virtud que con fe la defienda en las adversidades” (2015, p. 135). El fracaso de los mercenarios reside en que, al combatir únicamente por dinero, poseen un motivo insuficiente para ser leales a la causa encomendada y el éxito de los ciudadanos-soldados se origina en que luchan por un fin cívico de cuya superioridad ética han sido persuadidos previamente<sup>51</sup>. Si las tropas milicianas son virtuosas y patrióticas, las tropas mercenarias son “desunidas, ambiciosas, indisciplinadas, desleales, gallardas entre los amigos y entre los enemigos viles; ni temerosas de Dios ni leales con los hombres” (2015, p. 115). Una serie de características de las tropas mercenarias que no representan ninguna novedad para nadie, pues la actual ruina de Italia, apunta Maquiavelo, tiene su principal causa en su dependencia de soldados extranjeros. Es indispensable, entonces, ser un ciudadano comprometido con la patria para ser un buen soldado.

Ahora bien, la lealtad, la valentía, la imperturbabilidad, la obediencia y demás valores constituyentes de aquella virtud cívica que lleva a los soldados a luchar por amor a la patria, se forman a través de la influencia de las leyes e instituciones, del cultivo de la religión, de las historias de los pueblos antiguos,

<sup>46</sup> Maquiavelo (2012), p. 51.

<sup>47</sup> Del Águila y Chaparro (2005), p. 168.

<sup>48</sup> Jiménez (2018), pp. 126-128.

<sup>49</sup> Maquiavelo (2012), pp. 219-223.

<sup>50</sup> García Jurado (2015), p. 146.

<sup>51</sup> Maquiavelo (2012), p. 144.

pero también de la misma educación militar. En otras palabras, la formación que reciben los soldados para la guerra es una formación que los prepara, a su vez, para ser ciudadanos virtuosos. Pocock expresa que la milicia perfecciona la naturaleza humana al orientar a los hombres desde una preocupación por sus bienes particulares hacia una preocupación por un fin universal. La educación militar no se reduce a un mero adiestramiento en estrategias y técnicas militares, sino que posee una función cívica y ética más trascendental<sup>52</sup>.

El mismo *Del arte de la guerra* está lejos de ser un manual netamente técnico, ya que tiene una fuerte inspiración política, cívica y retórica, a diferencia de los escritos publicados con un rótulo similar por ingenieros y soldados de la época<sup>53</sup>. En este libro, Maquiavelo asevera que la educación militar propicia en los soldados una serie de costumbres y modos de ser también útiles para la vida civil. El reclutamiento voluntario u obligatorio de la infantería, su organización en batallones y su constante entrenamiento vuelve fuertes, veloces y diestros a los hombres, al mismo tiempo que les enseña a obedecer las órdenes de las autoridades competentes, así como a mantenerse imperturbables aun en situaciones de peligro<sup>54</sup>. A estas ventajas formativas puede agregarse el hecho de que, en el seno del adiestramiento para la guerra, más que en cualquier otro ámbito de “la vida ciudadana y nacional”, se extreman los cuidados para que los hombres sean fieles, pacíficos y temerosos de Dios:

Porque, ¿a qué hombre debe exigirle la patria mayor fidelidad sino a aquel que ha de jurar morir por ella? ¿Cuál debe amar más la paz, sino aquel al que solo la guerra puede dañar? ¿En cuál debe haber más temor de Dios que en aquel que, arrostrando diariamente infinitos peligros, más necesita ayuda? (2008, pp. 6-7)

La vida militar encarna un proceso de educación cívica que posibilita el desarrollo de la virtud del soldado-ciudadano, quien, tras la guerra, vuelve a su hogar habiendo adquirido más sencillez, valentía y patriotismo para enfrentar un mundo influido por una fortuna cambiante<sup>55</sup>. Pero hay que aclarar que Maquiavelo no aspiraba a que los ciudadanos adopten una forma de vida volcada por completo al adiestramiento y la práctica militares, porque esto resultaría nocivo para las relaciones cívicas. Unos ciudadanos siempre afanosos por poner a prueba su virtud en la contienda bélica suelen generar la aparición de caudillos y facciones contrarios a un funcionamiento justo de las instituciones y las leyes. Como republicano, entiende que el poder civil tiene que controlar necesariamente al poder militar para garantizar la libertad y el bien común. La guerra, por ende, no debe ser el fin del soldado-ciudadano, sino que, de encontrarse en medio de una batalla, este debe aspirar a ser ciudadano otra vez y a vivir en paz civil. Por eso, lo que podría recibir el nombre de virtud militar es, en términos más precisos, una virtud cívico-militar al ser la máxima expresión por parte de los ciudadanos de un sentimiento ético elevadísimo en favor del *vivere civile*<sup>56</sup>.

Según Maquiavelo, aquellos líderes encargados de los asuntos de la guerra, tales como príncipes, magistrados y generales, tienen una responsabilidad especial en lo que respecta a la educación de los soldados. Recuerda que, en Tebas, los generales Pelópidas y Epaminondas encontraron un pueblo “corrupto”, “afeminado” y acostumbrado al dominio de Esparta, por lo que inmediatamente decidieron armarlos para el encuentro de los espartanos, a quienes terminaron venciendo. Esto demuestra que hombres dotados para la guerra aparecen en cualquier lugar siempre que existan líderes capaces de formarlos. Otro caso que refiere Maquiavelo es el del rey de Inglaterra, quien, a pesar de la paz prolongada en su país, mantuvo la educación militar de sus gobernados, lo cual le valió para invadir Francia exitosamente<sup>57</sup>.

Pero entre todos los ejemplos de buena educación militar, el mejor, sin duda, es el de Roma<sup>58</sup>, la cual destacó por haber educado con tanto esmero a cada ciudadano que cualquiera podía ser elegido como general. Al cooperar nobles y plebeyos, siempre surgían “(...) tantos hombres virtuosos y adornados de tantas victorias, que el pueblo no tenía motivos para dudar de ninguno de ellos, siendo muchos y controlándose unos a otros” (2012, p. 113). Como consecuencia, afirma Maquiavelo que aquellos principados y repúblicas carentes de soldados propios “deberían avergonzarse de sí mismos, y pensar (...) que esta falta no es por escasez de hombres aptos para la milicia, sino por culpa suya” (2012, p. 95).

Entre las responsabilidades a asumir por parte los líderes político-militares, quizá la más decisiva sea la de dirigir personalmente las tropas. Efectivamente, un líder que no va a la guerra es visto por los soldados como frívolo, afeminado y pusilámine. En cambio, uno que está armado y a la cabeza de sus tropas -como ocurría en tiempos de los romanos- es imitado y obedecido. Así, si un líder virtuoso tiene como causa la libertad y el bien común para su patria, lo más seguro es que los soldados se vuelvan virtuosos a través de la sola emulación de sus acciones. Un tipo de liderazgo que, al parecer, Maquiavelo esperaba que

<sup>52</sup> Pocock (2008), p. 289.

<sup>53</sup> Pretalli (2020).

<sup>54</sup> Maquiavelo (2008) p. 68.

<sup>55</sup> Maquiavelo (2012), pp. 405-409.

<sup>56</sup> Jiménez (2018), p. 143.

<sup>57</sup> Maquiavelo (2012), p. 96.

<sup>58</sup> Una convicción que llevó a Maquiavelo a implementar en Florencia una milicia y otras medidas militares de fuerte inspiración romana. Medidas que, sin embargo, no fueron presentadas por él como basadas en el legado romano, pues por estas fechas existía sospecha y reticencia hacia este modelo político y militar (Hörnqvist, 2002).

desempeñe la familia Médici con el fin de regenerar la virtud de los pueblos italianos y así desterrar a los invasores extranjeros<sup>59</sup>.

## 5. La religión como fundamento de la virtud y la valoración maquiaveliana de la religión cristiana

Para Maquiavelo, la virtud cívica de los ciudadanos se forma por la influencia del orden legal e institucional, por la comprensión de las historias del pasado y por el adiestramiento cívico-militar. No obstante, también sostiene que hay otro medio útil para educar: la religión. En los *Discursos*, refiere que “donde hay religión se presupone todo bien, donde ella falta sucede lo contrario” (2012, p. 73). Asimismo, destaca que el indicio más seguro de la ruina de una nación es “ver que en ella se desprecia el culto divino” (p. 71). Y aunque en *El Príncipe* advierte que en circunstancias excepcionales el gobernante tiene que “aprender a poder no ser bueno” (2015, p. 147), también agrega que esto no debe llevarle a cometer crímenes como el irrespeto a la religión, tal y como hizo Agatocles de Siracusa, quien por esto y por haber traicionado y asesinado a muchos ciudadanos, ni alcanzó gloria ni merece ser “celebrado entre los hombres más excelentes” (2015, p. 81). Tanto en *El Príncipe* como en los *Discursos*, Maquiavelo manifiesta que una religión debidamente orientada puede beneficiar a una nación a causa de la gran influencia que ejerce sobre la población. A decir de Preus<sup>60</sup>, el florentino no tiene interés en desentrañar la verdad de la religión, pues lo que le importa es su poder. Como con respecto a la política, también a propósito de la religión quiere comprender la realidad efectiva de la cosa. No la realidad imaginada de los creyentes, pero sí las costumbres que tienen estos bajo la influencia de las convicciones religiosas.

Ahora bien, sobre todo en las repúblicas es útil la religión, porque en estas no existe un miedo hacia el príncipe que predisponga adecuadamente al pueblo para que obedezca las leyes. Entonces, el miedo frente a lo divino puede evitar el desorden, generando que los ciudadanos se autorregulen, orientando así su proceder hacia el amor por la libertad<sup>61</sup>. Entre estas dos formas de acostumbrar a los hombres al respeto del orden legal, Maquiavelo sostiene que la de las repúblicas es la más efectiva porque permite fundamentar el comportamiento virtuoso en el culto a una divinidad siempre existente, mientras que la de los principados hace derivar las buenas costumbres no solo del temor al príncipe sino también de la imitación de su virtud, pero la virtud de los gobernados deja de expresarse cuando “acaba (la vida del príncipe), y raras veces acaece que se renueve en su sucesor” (2012, p. 70).

También el modelo romano sirve a Maquiavelo para ilustrar la utilidad de la religión con miras a la educación de los ciudadanos. En los *Discursos*, sostiene que la religión sirvió en Roma “para mandar los ejércitos, confortar a la plebe, mantener en su estado a los hombres buenos y avergonzar a los malos” (2012, p. 68). Tal fue su utilidad que más alabanzas merece Numa Pompilio como creador de la religión romana que Rómulo como fundador de esta civilización<sup>62</sup>. La razón es que los principios religiosos fueron tan adecuadamente establecidos por Numa que sirvieron durante siglos para que los romanos mantuviessen la costumbre de obedecer, sin necesidad de coerción, las leyes y las instituciones. El respeto hacia los dioses fue, entonces, un factor que facilitó la ejecución de las empresas proyectadas por los monarcas y senadores romanos. Por ejemplo, formaba parte del culto religioso romano que los ciudadanos juren en nombre de los dioses obedecer las leyes, desempeñarse rectamente como funcionarios públicos y luchar en la guerra sin rendirse; todo lo cual, refiere Maquiavelo, era cumplido porque aquellos temían más faltar a sus juramentos que al mismo orden civil puesto que respetaban más el poder de los dioses que el de los hombres<sup>63</sup>. Reflejo de esto fueron los episodios relacionados con Escipión el Africano en Cannas y con el tribuno Marco Pomponio<sup>64</sup>.

Occurre que las bondades de ciertas decisiones, leyes e instituciones pueden ser conocidas razonablemente por unos pocos hombres prudentes, pero no necesariamente se muestran con tanta claridad a todos. Por eso, se necesita un medio más persuasivo como la religión para que el pueblo actúe conforme a la virtud cívica<sup>65</sup>. Esto explica por qué muchos hombres que fundaron y reformaron repúblicas fingieron estar inspirados por los dioses al momento de dictar nuevas leyes y reglas de conducta. Tales fueron los casos de Licurgo, Solón, Numa Pompilio y Moisés, quienes recurrieron a las divinidades para dotar de más autoridad a sus mandatos. Incluso en su propio tiempo, dice Maquiavelo, Savonarola mostró que un pueblo civilizado y refinado como el de Florencia puede dejarse persuadir por alguien que asegura

<sup>59</sup> Maquiavelo (2015), pp. 265-268.

<sup>60</sup> Preus (1979), pp. 175-176. Precisamente por lo anterior, este autor muestra que es irrelevante e injustificada la crítica de Strauss (2019) y de otros especialistas contra Maquiavelo por no haber prestado atención este a la verdad de la religión. Simplemente este asunto no entra en el ámbito de lo analizable razonablemente, causalmente y políticamente.

<sup>61</sup> Viroli (2010), p. 178.

<sup>62</sup> Maquiavelo (2012), pp. 68-69.

<sup>63</sup> Maquiavelo (2012), p. 67.

<sup>64</sup> Maquiavelo (2012), p. 68.

<sup>65</sup> Maquiavelo (2012), p. 69.

hablar con Dios, aunque aquel no realice nada extraordinario. De hecho, a Savonarola le bastó con su vida, su doctrina y el contenido de sus sermones para que le tuviesen fe y le obedeciesen<sup>66</sup>.

También en *El Príncipe* se pone de manifiesto la capacidad de la religión para formar las costumbres de los gobernados con miras a que sea factible la vida en común. En el capítulo XI dedicado a los principados eclesiásticos, se argumenta que es bastante difícil acceder a estos principados, pero con el paso del tiempo es fácil mantenerlos, pues el influjo de la religión sobre las costumbres de los hombres genera que estos sean capaces de autorregularse y de no priorizar solamente sus intereses particulares. De ahí que pueda decirse que los gobernantes de estos principados “son los únicos que tienen Estados y no los defienden; súbditos y no los gobiernan” (2015, p. 105).

Cabe destacar que Maquiavelo rechaza la idea de que toda religión resulta beneficiosa para formar la virtud cívica. En realidad, es la religión que mantiene los principios con los que fue fundada la única que conviene a los principados y las repúblicas. Para él, así como se corrompen el mundo natural, los regímenes políticos y los seres humanos, también lo hacen las religiones, perdiendo aquella bondad intrínseca en la que se fundan su inicial prestigio, su primer crecimiento y su influjo positivo en la educación de los hombres. Por ello, si se pretende que la religión vigente en una comunidad sirva para la realización de la libertad y el bien común, resulta imprescindible regresarla a sus inicios<sup>67</sup>. Precisamente, Maquiavelo consideraba que la religión cristiana se encontraba necesitada de una renovación al estar bastante corrompida y viciada, lo cual imposibilitaba que sirviese para educar a los pueblos de Europa. El secretario florentino pensaba que, si la religión cristiana se evaluaba en función de sus beneficios sociales y sin ningún compromiso metafísico a propósito de sus “verdades”, resultaría claro su fracaso para garantizar una sociedad exitosa en los países occidentales. De manera especial en Italia, la política estaba vinculada con la religión, tanto institucional como conceptualmente, y los resultados habían sido desastrosos para el bien común y la libertad, pero también para el cultivo de la fe<sup>68</sup>. No obstante, destaca Maquiavelo que, si los gobernantes de los estados cristianos

(...) hubiesen mantenido esta religión tal como fue constituida por su fundador, estarían los estados y repúblicas cristianas más unidos y felices que lo están. Y no puede haber mayor prueba de la decadencia de esta religión que ver cómo los pueblos que están más próximos a la iglesia de Roma, cabeza de nuestra fe, son los menos religiosos (2012, pp. 72-73).

Luego, explica que es natural que los ciudadanos cristianos se hayan vuelto tan irreligiosos y malos, pues simplemente han seguido los ejemplos de los más importantes líderes del clero, quienes, por sus innumerables vicios y costumbres corrompidas, están completamente distantes de los fundamentos del cristianismo<sup>69</sup>. Aunque reconoce que las órdenes de San Francisco y Santo Domingo han tenido un importante papel para regresar al cristianismo a la pobreza y la humildad enseñadas por Jesús, no deja de mostrarse pesimista. No enarbolando ya la unión y la felicidad como principales valores, sino la libertad, señala que, si existe una causa por la cual los hombres de su tiempo no aman tanto esta como los hombres antiguos se debe “a la diferencia entre nuestra educación y la de los antiguos, que está fundada en la diversidad de ambas religiones” (2012, p. 198). La religión de los griegos y romanos “no beatificaba más que a hombres llenos de gloria mundana, como los capitanes de los ejércitos o los jefes de las repúblicas”. Contrariamente, la religión cristiana “ha glorificado más a los hombres contemplativos que a los activos” (2012, pp. 198-199). Además, puntualiza Maquiavelo que esta última ha posicionado el mayor bien en “la humildad, la abyección y el desprecio de las cosas humanas, mientras que la otra lo ponía en la grandeza de ánimo, en la fortaleza corporal y en todas las cosas adecuadas para hacer fuertes a los hombres” (2012, pp. 198-199). La educación cristiana, entonces, ha debilitado a los pueblos, haciéndolos más vulnerables frente a los gobernantes tiránicos y corruptos. Estos tienen mejores oportunidades de manipularlos al verlos básicamente preocupados por alcanzar la realización y plenitud ultramundana por medio del sufrimiento pasivo de las injurias y atropellos.

Ciertamente, este pesimismo maquiaveliano a propósito de una posible fundamentación de la educación cívica en la religión cristiana se mantiene a lo largo de *El Príncipe* y los *Discursos*, motivo por el cual insiste en resaltar todas las ventajas que tuvo una religión como la de griegos y romanos. En la línea de Berlin<sup>70</sup>, puede afirmarse que Maquiavelo no tiene como objetivo liberar la política de toda contaminación moral, sino que busca distanciarla de la moral cristiana pues las virtudes defendidas por esta representan un obstáculo para la realización de una vida política plena, entendiendo por esta una vida cívica similar a la que efectivamente existió en las civilizaciones de la antigüedad y a la que enarbolaron los antiguos historiadores y moralistas grecolatinos.

<sup>66</sup> Maquiavelo (2012), pp. 70-71.

<sup>67</sup> Maquiavelo (2012), pp. 305-306.

<sup>68</sup> Preus (1979), p. 182.

<sup>69</sup> Maquiavelo (2012), pp. 309-310.

<sup>70</sup> Berlin (1997).

Ciertamente, en *Discursos* desarrolla un argumento con el cual parece matizar esta opinión contraria a la moral cristiana. Sugiere que el vínculo estrecho entre el cristianismo y el ocio, el sufrimiento y la humildad tendría su origen en una interpretación y en una educación falsas acerca de la naturaleza de esta religión hecha por hombres envilecidos<sup>71</sup>, por lo que propone una interpretación distinta para que esta religión sea coherente con el *vivere civile* y con la búsqueda de la libertad y el bien común, ya que sí es factible que permita la exaltación y la defensa de la patria<sup>72</sup>. A pesar de esto, no llega a profundizar en lo que constituiría esta reinterpretación del cristianismo para que coincida con un horizonte humanista cívico y republicano.

Cabe destacar que, en *El Príncipe* y, sobre todo, en los *Discursos* se destaca que las buenas leyes y las buenas instituciones existen en toda comunidad que tiene un buen ejército, es decir, un ejército que combate por amor a la patria y no por los intereses particulares de sus soldados<sup>73</sup>. En efecto, como se planteó anteriormente, la disciplina militar sirve para formar las costumbres y hábitos que predisponen a los hombres a ejercer la virtud cívica. El detalle a resaltar es que, para Maquiavelo, donde no hay religión, la disciplina militar no se llega a implementar o se implementa con demasiadas dificultades<sup>74</sup>. Por ende, entre ambos medios sociales y educativos a través de los cuales los hombres pueden constituirse en ciudadanos, el factor religioso opera como el substrato más básico para la virtud cívica. Pero, como advierte Pocock, el hecho de que la religión sea un requisito previo de la virtud, no equivale a identificarla con esta, pues en sentido estricto la virtud cívica solo cobra existencia en el ámbito civil<sup>75</sup>. Aunque Maquiavelo afirma que, entre todos los hombres dignos de ser elogiados, “los que más alabanzas merecen son los que han sido cabezas y fundadores de las religiones” (2012, p. 63), de todas maneras, continúa Pocock, es consciente de que la religión debe estar subordinada a la política. Si valora de esta manera a los profetas es porque su obra reformadora de las costumbres y hábitos es más duradera en el tiempo, pero asume que tienen la obligación de convertirse en legisladores, de modo que la religión que funden sirva de substrato a la ciudadanía y no sea, por el contrario, un impedimento para que los seres humanos tengan una vida política activa. Así, “las costumbres religiosas son solo una parte del conjunto que conforma la virtud cívica y, en este punto, (Maquiavelo) nos hace notar que después del profeta y del legislador, el guerrero es el fundador más alabado” (Pocock, 2016, p. 280). Entonces, los ciudadanos necesitan ser educados por una religión cívica y por la disciplina militar para ejercer adecuadamente la virtud cívica.

## 6. Conclusiones

A lo largo de *El Príncipe* y de los *Discursos* no se encuentra un abordaje sistemático de la educación como el que sí puede identificarse en los escritos de otros autores representativos de la tradición política republicana. Una prueba de ello es que el término educación (*educazione* o *istruzione* en italiano) no aparece de forma constante en ambos escritos maquiavelianos. Sin embargo, resultaría errado concluir que en la filosofía política de Maquiavelo la educación carece de un rol importante. De hecho, en el presente artículo se ha mostrado que este autor aborda con suficiente profundidad la formación de hábitos y costumbres en los hombres con miras a que estos adquieran la virtud cívica que es necesario ejercer para la realización de la libertad y el bien común. Por esta razón, se sostuvo, en contra de cierta tradición interpretativa acerca de la obra de Maquiavelo, que en esta no se defiende un pesimismo antropológico radical, determinista y naturalista. Por el contrario, enarbola la tesis de que las formas de vida de los seres humanos pueden ser moldeadas como consecuencia de la influencia de distintos factores sociales y políticos tales como las medidas de los gobernantes, la eficiencia de las leyes e instituciones y, por supuesto, la educación gestada en el seno de la comunidad. Ahora bien, la exploración de la educación cívica se realiza a través del análisis por parte de Maquiavelo de tres experiencias que cumplen una función formativa: la comprensión de las historias de los pueblos antiguos, el adiestramiento militar de gobernantes y gobernados y el cultivo de una religión.

En el primer caso, Maquiavelo tiene como punto de partida la concepción grecolatina del saber histórico como *magistra vitae*. En consonancia con ello, considera que los escritos de los historiadores y moralistas educan a los hombres del presente, inclinándolos a emular la virtud cívica de los hombres más insignes del pasado. No obstante, se insistió en que, aunque Maquiavelo opta por un modelo grecolatino que vincula estrechamente la ética con la política, sería errado concluir que hace una recepción y aplicación pasiva de este, pues tanto en *El Príncipe* como en los *Discursos* reinterpreta un sinnúmero de patrones de conducta asumidos como virtuosos por Cicerón y compañía. Principalmente, lleva a cabo esta empresa de reinterpretación de conductas y modos de ser como la mentira, la liberalidad y la clemencia habida cuenta

<sup>71</sup> Para Colish (1999), entre los malos intérpretes del cristianismo, Maquiavelo está contando al Papa y a otras autoridades eclesiásticas, pero también a Savonarola, quien, a su manera, defendió una forma de republicanismo que, no obstante, también se fundamentaba en una negación del mundo.

<sup>72</sup> Maquiavelo (2012), p. 199.

<sup>73</sup> Maquiavelo (2012, p. 408).

<sup>74</sup> Maquiavelo (2012), pp. 68-69.

<sup>75</sup> Pocock (2016), p. 80.

de que tiene como uno de sus principales intereses esclarecer qué tiene que hacerse en situaciones de excepcionalidad política, tales como guerras civiles o guerras exteriores, en las que no necesariamente termina siendo útil la moral convencional. Entonces, dado que sus propios escritos tienen un papel correctivo con respecto a las interpretaciones de los clásicos griegos y romanos, *El Príncipe* y demás obras tienen que concebirse, a juicio de Maquiavelo, como obras con una clara y abierta función educativa

En el segundo caso, se concluyó que la educación militar en Maquiavelo no es solamente una instrucción en técnicas y estrategias para vencer en la guerra. También involucra la formación de una serie de costumbres y hábitos útiles para la vida civil. Los ciudadanos formados para el combate adquieren una predisposición para obedecer las leyes, instituciones y autoridades de la comunidad, para combatir por amor a la patria, para enfrentarse al poder de los tiranos y para mantenerse imperturbables ante los embates de la fortuna. En tal sentido, puede sostenerse que quien no es soldado no puede ser buen ciudadano. Pero, para Maquiavelo, también es necesario alcanzar la condición de buen ciudadano para ser soldado, pues los principados y repúblicas solamente pueden confiar en la lealtad y valor de aquellos soldados capaces de luchar patrióticamente. Finalmente, la religión fue presentada como el substrato fundamental para la educación de los hombres con miras a la virtud cívica, pues es entendida por Maquiavelo como un medio sumamente influyente en lo que respecta a la formación de costumbres y hábitos en los seres humanos. Más persuasivo inclusive que los ejemplos de los mejores príncipes, que las buenas leyes e instituciones y que el adiestramiento militar. Por estas razones, se ha defendido el argumento de que la dimensión religiosa es la que sostiene las otras dimensiones de la educación maquiaveliana.

A pesar de todo lo anterior, el tópico de la educación en la obra de Maquiavelo puede ser tratado en futuros trabajos con más amplitud y profundidad, llevando a cabo también un análisis minucioso de aquellos escritos, como *Historia de Florencia* y *Del arte de la guerra*, que en el presente artículo no fueron suficientemente explorados.

## 7. Referencias bibliográficas

- Baron, H. (1966): *Crisis of the Early Italian Renaissance*, Princeton.
- Baron, H. (1993): *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*. FCE.
- Berlin, I. (1997): “The originality of Machiavelli”, en M.P. Gilmore (ed.), *Studies on Machiavelli*, ed. cit., pp. 147-206.
- Bermudo, J. (1994): *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Universitat de Barcelona.
- Cabrini, A. (1998): “La storia da non imitare: il versante negativo dell'esemplarità nelle *Istorie fiorentine*”, en *Cultura e scrittura di Machiavelli: atti del Convegno di Firenze-Pisa*, Salerno, Centro Pio Rajna, pp. 27-30.
- Castañón, M. (2013): “Historia magistra vitae” e imitación: la ejemplaridad política de las historias en Maquiavelo, *Ingenium*, 7, pp. 43-70.
- Cicerón (2009): *Obras políticas*. Gredos.
- Cicerón (2023): *Sobre los deberes*. Alianza Editorial.
- Clarke, M. (2013): “The virtues of republican citizenship in Machiavelli's discourses on Livy”. *The Journal of Politics*, 75(2), 317-329.
- Colish, M. (1999): “Republicanism, Religion, and Machiavelli's Savonarolan Moment”. *Journal of the History of Ideas*, 60(4), 597-616.
- Del Águila, R. y Chaparro, S. (2006): *La república de Maquiavelo*. Tecnos.
- Fernández, M. (2021): “Lecturas de un Maquiavelo moral: una revisión actualizada”, *Revista de Estudios Políticos*, 192, pp. 67-94.
- García, R. (2015): “Maquiavelo y la ciudadanía armada”, *Sociológica*, 30, (85), pp. 31-161.
- Garin, E. (1965): *Italian humanism; Philosophy and Civic Life in the Renaissance*. Oxford.
- Garin, E. (1984): *La revolución cultural del Renacimiento*. Editorial Crítica.
- Gilbert, F. (1986): “Machiavelli: The Renaissance of the Art of War.” In *Makers of Modern Strategy: From Machiavelli to the Nuclear Age*, I 1-31, ed. P. Paret. Oxford.
- Holman, C. (2016): “Machiavelli's Philosophical Anthropology”, *The European Legacy*, 21(8), pp. 769-790.
- Hörnqvist, M. (2002): “Perché non si usa allegare i Romani: Machiavelli and the Florentine Militia of 1506”. *Renaissance Quarterly*, 55(1), 148-191.
- Jiménez, L. (2018): “Maquiavelo, la guerra y el «soldado ciudadano»”, *Revista de filosofía*, 9(15), pp. 125-145.
- Maquiavelo, N. (2008): *Del arte de la guerra*. Tecnos.
- Maquiavelo, N. (2009): *Historia de Florencia*. Tecnos.
- Maquiavelo, N. (2012): *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Alianza Editorial.
- Maquiavelo, N. (2015): *El Príncipe*. Tecnos.
- McCormick, J. P. (2011): *Machiavellian democracy*. Cambridge University Press.
- McCormick, J. P. (2018): *Reading Machiavelli: scandalous books, suspect engagements, and the virtue of populist politics*. Princeton-University Press.

- Milton, J. (2018): *A Tractate of Education. The Author John Milton. To Which are Added, Four Papers, on the Same Subject, From the Spectator*. Gale Ecco, Print-Editions.
- Pocock, J. (2016): *El momento maquiavélico: El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid, Tecnos.
- Polibio (1997): *Historias*. (Libros V-XV). Gredos.
- Pretalli, M. (2020): "L'Arte della guerra di Machiavelli e la letteratura militare del Cinquecento". *Nuova antología militare*.
- Preus, J. S. (1979): "Machiavelli's Functional Analysis of Religion: Context and Object". *Journal of the History of Ideas*, 40(2), 171-190.
- Rousseau, J-J. (2002): *El contrato social*. RBA.
- Rousseau, J-J. (2011): *Emilio*. Alianza Editorial.
- Skinner, Q. (1984): *Maquiavelo*. Alianza Editorial.
- Skinner, Q. (2013): *Los fundamentos del pensamiento político moderno I*. FCE.
- Strauss, L. (2019): *Pensamientos sobre Maquiavelo*. Amorrortu.
- Viroli, M. (2009): *De la política a la razón de estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*. Akal.
- Viroli, M. (2010): *Machiavelli's God*. Princeton-University Press.
- Viroli, M. (2014): *Republicanismo*. Universidad de Cantabria.